SANTA GERTRUDIS LA MAGNA, VIRGEN

Día 16 noviembre

P. Juan Croisset, S.J.

Santa Gertrudis fue de una familia ilustre, y nació en Eisleben ó Islebe, en la Alta Sajonia, y fue hermana de Santa Mechtilde. A los cinco años de su edad fue ofrecida á Dios en el convento benedictino de Rodalsdorf, y á los treinta electa abadesa de aquella casa en el año de 1251; y al siguiente fue obligada á tomar á su cargo el gobierno del monasterio de Heldefs, á que fue trasladada con sus monjas. Siendo joven había estudiado la lengua latina, como era costumbre entre las monjas; escribía y componía en este idioma muy bien, y era medianamente versada en la sagrada literatura. Siempre miró como principal obligación y destino de su estado la contemplación y la oración, y así consagraba á estos ejercicios la mayor parte del tiempo. La pasión de nuestro Redentor era el objeto favorito de sus devociones; y cuando meditaba en ella ó en la sagrada Eucaristía, por lo común no podía contener los torrentes de las lágrimas que derramaban sus ojos. Hablaba de Cristo y de los misterios de su adorable vida con tanta energía y tantos transportes de amor, que arrastraba los corazones de los que la oían. Eran muy familiares á esta Santa los raptos y los éxtasis del amor divino con los dones celestiales de su oración. Ella misma cuenta que, oyendo una vez estas, palabras: *yo he visto al Señor cara á cara,* que las estaban cantando en la iglesia, vio como un rostro hermosísimo lleno de luz, brillo y resplandor, cuyos ojos penetraban su corazón, y llenaron su alma y su cuerpo de una delicia tan inexplicable, que no puede expresar lengua alguna. El amor divino que en su pecho ardía y consumía su alma, parecía el único principio de

todas sus acciones y afectos. Para esta preciosa gracia se preparó su pura alma con la crucifixión de su corazón para el mundo y para los apetitos desordenados de toda especie. La vigilia, el ayuno, la abstinencia, la obediencia perfecta y una constante negación de su propia voluntad fueron las armas con que domó su carne, y extirpó y subyugó cuanto podía haberse opuesto á que reinase la voluntad de Dios en su alma y en sus afectos. Pero en esta obra tuvo la parte más principal la profunda humildad y la mansedumbre perfecta, las cuales pusieron los cimientos al edificio de todas las virtudes á que la elevó la divina misericordia. Aunque estaba adornada de unos talentos naturales superiores y de los dones más extraordinarios de la divina gracia, su mente estaba penetrada y enteramente persuadida á los sentimientos de su propia bajeza y de sus imperfecciones. Todo su deseo era que todos los demás la despreciasen también, y solía decir que la parecía uno de los mayores milagros de la infinita bondad de Dios el que sufriese Su Divina Majestad qué la sustentase la tierra. Aunque superior madre de todas las demás, se portaba con ellas como la más humilde sierva, y aun como indigna de aproximarse á ellas, pues tan sinceros eran los humildes sentimientos de su corazón. Sin embargo de lo mucho que se daba á los ejercicios de la santa contemplación, jamás abandonaba las obligaciones de Marta; y así era sumamente solícita en proveer las necesidades ajenas, en disponer todas sus cosas y en darlas con especialidad todos los socorros espirituales que en su mano estaban. En los progresos, que su vida interior hacía en las virtudes, hallaba los felices frutos de sus diligencias celosas y pías instrucciones. Su tierna devoción á la Madre de Dios no pudo menos de nacer del amor que á su divino Hijo profesaba; y las almas benditas del Purgatorio tuvieron también mucha parte en su compasión y caridad.

Un vivo retrato de su alma pura y santa tenemos en su corto libro de las *Divinas insinuaciones ó comunicaciones y sentimientos de amor, [sobre la devoción a los Corazones de Jesús y de María]* la más útil producción acaso que puede hallarse después de los escritos de Santa Teresa, con que haya enriquecido jamás á la Iglesia una mujer justa para fomentar la piedad del estado contemplativo [y de todos]. Esta Santa propone en él ejercicios para renovar los votos bautismales, con que el alma renuncia enteramente al mundo y sus pompas, se consagra al amor de Dios y se dedica á seguir en todo aquella santa voluntad divina. Iguales ejercicios prescribe para la conversión de un alma á Dios, y para la renovación de Sus santos esponsales espirituales, y la consagración de sí misma á su Redentor por un vínculo de indisoluble amor, rogando le sea concedida la gracia de morir por sí misma, ser sepultada en el Señor, de modo que El sólo, que es todo su amor, sea noticioso de su estado, ó de su sepulcro; y que no tenga ella otro empleo que el amar á quien tanto le ama. Estos sentimientos los repite con admirable variedad en toda su obra, y en la última parte de ella insiste mucho en los ardientes deseos de verse unida cuanto antes á su Amor en la Gloria eterna, pidiendo á su divino Redentor por sus tormentos y pasión, y por su misericordia infinita, la purifique de todos los afectos terrenos, para poder ser admitida á la presencia divina. Algunos de aquellos ayes y suspiros con que expresa su deseo y sed ardiente por aquella unión son tan celestiales, que más parece proceder de la boca de uno que haya gustado ya de las felicidades de la bienaventuranza que de un peregrino de esta vida mortal; tan fuertemente impresos se hallan en sus expresiones estos divinos sentimientos. Esto es notable particularmente en el ejercicio en que aconseja al alma devota que á veces dedique un día á alabar y dar gracias sin interrupción para suplir los defectos que en esta

ocupación hayan podido ocurrirla en los ejercicios cotidianos de los demás días, y procurar asociarse con la perfección posible á los espíritus celestiales en estos ejercicios. Igual medio propone para suplir todos los defectos que haya podido tener en el amor divino, dedicando un día entero á los afectos del divino amor. Esta Santa, como una casta tórtola, jamás interrumpía sus ayes y suspiros, sin admitir consuelo humano, todo el tiempo que se la dilataba su eterna felicidad; no obstante de que se regocijaba con la esperanza y el amor, con resignación á la voluntad de Dios, con las visitas del espíritu divino consolador, sufriendo, padeciendo y trabajando por el amor de su amado Redentor. Sus deseos fueron al fin cumplidos; y, habiendo sido abadesa cuarenta años, fue llamada á los castos abrazos de su celestial Esposo en el de 1292, habiendo muerto un poco antes su hermana Mechtilde. La última enfermedad de Santa Gertrudis, más pareció deliquio de amor que dolencia; pues con toda esta abundancia recibió las consolaciones del Espíritu Santo. Muchos milagros dieron testimonio de cuan preciosa había sido su muerte á vista del Señor. Es honrada con un Oficio particular en el Breviario Romano en este día. La *Lipsanografia,* ó catálogo de reliquias que se guardan, en el palacio de Brunswik-Luxemburgo, impreso en Hannover en el año de 1713, hace mención, entre otras, de las reliquias de Santa Gertrudis, que se conservan en una rica urna. (Butler.)

SANTOS ACISCLO Y VICTORIA, MÁRTIRES

En el tiempo en que Diocleciano pretendía destruir la religión de Jesucristo en todo el mundo, vino á la ciudad de Córdoba un presidente llamado Dión, en quien se competían el odio contra los cristianos, la crueldad para atormentarlos y la sagacidad para procurar seducirlos al culto de los dioses falsos. Vivían á la sazón

en la ciudad dos jóvenes hermanos, llamados Acisclo y Victoria, criados en el santo temor de Dios, á quien daban verdadero y religioso culto, y quienes desde los primeros años de su vida habían siempre ejercitado la piedad dando á Dios alabanzas. Un tal Urbano, oficial del tribunal del presidente, tuvo noticia de los dos Santos y del tenor de vida que guardaban, arreglada en un todo á las máximas del Evangelio. Gozoso con semejante descubrimiento, como quien sabía bien cuánto lisonjearía con él la crueldad del presidente, se fue á él y le, dijo: ***Por fortuna he encontrado dos que desprecian tus edictos, y tienen temeridad suficiente para afirmar que nuestros dioses son de piedra é incapaces de dar favor alguno á aquellos que los adoran.*** **Oyó el presidente esta noticia con complacencia por el descubrimiento, y con ira por el desprecio que veía hacer de sus dioses; y así mandó que los siervos de Dios fuesen traídos á su presencia. Obedecióse su precepto, y, luego que los tuvo delante, los habló de esta manera:** ***¿Sois por ventura vosotros los que desprecian los sacrificios que se hacen á nuestros dioses, y movéis sediciosamente al pueblo, persuadiéndole que se aparte de su sagrado culto?*** **A lo cual respondió el bienaventurado Acisclo:** ***Nosotros servimos á Nuestro Señor Jesucristo, no á los demonios ni á las piedras inmundas.*** **Dijóle el presidente Dión:** ***¿Ha llegado á tu noticia la sentencia que hemos mandado que sufran aquellos, qué no quisieren sacrificar? Respondió*** **Acisclo:** ***¿Y has oído tú ioh presidente! la pena que te tiene preparada Jesucristo á ti y á tus príncipes si no te arrepientes de tú idolatría?*** **Al oír esto, comenzó Dión á enfurecerse contra el mártir de Dios, volvió los ojos halagüeños hacia Victoria, y la dijo:** ***Tengo lástima de ti ioh Victoria!, como si fueras hija mía: acércate, pues, á las aras, y adora á los dioses para que tengan misericordia de tus culpas.*** **La bienaventurada Victoria, despreciando enteramente las palabras halagüeñas de su discurso, respondió á lo último de esta manera:** ***Me***

harás un gran favor ¡oh presidente! si ejecutares en mi lo que has dicho. **Entonces Dión, volviéndose á San Acisclo, le dijo:** ***Acisclo, vuelve en ti, y piensa bien que estás en la flor de tu edad y que es lástima que perezcas en una sazón tan temprana y florida.*** **A esta propuesta respondió San Acisclo :** ***Yo no tengo otra cosa que pensar sino en Jesucristo, que me formó del polvo de la tierra.***

Estas animosas respuestas de los Santos [que manifestaban santa fortaleza] encendieron á Dión en cólera, y mandó que, quitándolos de su presencia, los encerrasen en el calabozo más tétrico y profundo. Ejecutóse la orden del presidente, y encerrados los Santos en la lóbrega cárcel comenzaron á tributar gracias á Dios, haciendo oración y entonándole magníficas alabanzas porque les había dado gracia para vencer las capciosas propuestas del presidente, y, confiados en su misericordia, esperaban vencer también sus tormentos, que ya habían comenzado á experimentar. En medio de las espantosas tinieblas de aquel horroroso calabozo vieron Acisclo y Victoria que, rompiéndose los Cielos, bajaron cuatro ángeles cercados de luz resplandeciente, los cuales les traían del Cielo una deliciosa comida que les confortase el cuerpo y les vivificase el espíritu. Al ver los santos mártires una misericordia de Dios tan maravillosa, hicieron á Dios oración y le dieron gracias de este modo: ***Dios y Señor nuestro, que eres Rey de los Cielos y Médico de las llagas ocultas, sabemos, Señor, que no nos desamparas, sino que te acordaste de nosotros y nos enviaste del lugar excelso en que habitas, por medio de tus santos ángeles, una comida de salud, con la cual nuestras almas se han llenado de fortaleza y esperan el fruto de la redención.*** **Mientras pasaba esto en la cárcel, el inicuo Dión estaba meditando los medios de apartarles de su creencia ó de hacerles padecer tales tormentos, que pudiesen servir de escarmiento á los demás cristianos. Mandó, pues, que los**

sacasen de la cárcel y los trajesen á su presencia, y, habiéndolos traído, les dijo: *Haced lo que os mando y sacrificad á los dioses, porque de otra manera deberéis sufrir acerbísimos tormentos.* A esto respondió San Acisclo: *¿A qué dioses nos mandas que sacrifiquemos, oh Dión? ¿Por ventura á Apolo y Neptuno, que son dos falsos é inmundos demonios? ¿A qué dioses nos quieres obligar á adorar? ¿Acaso á Júpiter, que es el príncipe de todos los vicios? ¿Acaso á la deshonesta Venus? ¿Acaso al adúltero Marte? ¡Eh, no quiera Dios que veneremos de ninguna manera á los que tenemos vergüenza de imitar! Avergüénzate, pues ¡oh Dión!, pues no son dioses aquellos que adoras, sino ídolos despreciables, sordos y mudos.* Esta respuesta, que fue un discurso patético y convincente de la falsedad de los dioses, cerró la boca al presidente, pero encendió la ira en su corazón, y así mandó que los atormentasen. A San Acisclo mandó que le azotasen con varas, y á Santa Victoria que la hiriesen cruelmente en las plantas de los pies. Presenció estos tormentos el tirano, y, no teniendo por entonces meditados tan atroces tormentos como necesitaba para saciar su crueldad , mandó que los llevasen á la cárcel, diciendo: Volvedlos á encerrar hasta que medite las penas con que han de ser afligidos.

Meditólas en aquella noche, y al día siguiente, habiéndose sentado en público tribunal, mandó que los trajesen de la cárcel. Obedecieron los soldados, y al tiempo que los traían, como conocían las gentes la condición terrible del juez, y los tormentos espantosos á que iban á ser entregados, se movían á lástima de los dos santos hermanos, y aun los mismos gentiles decían en voz alta: «¡Oh Dios y Señor, en quien creen estos desventurados, ayúdalos, puesto que en Ti han colocado su confianza!» Luego que los vio Dión á lo lejos, mandó que los presentasen á su tribunal, y mirándolos con un semblante terrible se volvió á los ministros que le

rodeaban, y les dio orden de que encendiesen una grande hoguera y precipitasen en ella á los Santos. Pero ¡oh misericordia del Señor! Cuando la grandeza de la hoguera y la voracidad de aquel elemento daba motivos suficientes para persuadirse á que en el mismo instante que entrasen serían abrasados y reducidos á cenizas, vieron todos con admiración que permanecían entre las llamas sin recibir daño alguno, cantando y alabando á Dios como si estuvieran en un lecho de rosas. Los satélites y verdugos que de orden del presidente habían encendido la hoguera y estaban ejecutando el suplicio, atónitos y espantados con lo que veían y oían, fueron á Dión y le dijeron: «¡Oh presidente!, al tiempo de ejecutar tu mandamiento hemos oído que de en medio de la hoguera se oían muchas voces como de personas, que cantaban y decían: «*Gloria sea dada á Dios en las alturas, y en la Tierra paz á los hombres de buena voluntad».* Al oír esto el presidente conoció el gran riesgo que corría la gentílica superstición y el crédito de su persona si los Santos permanecían más tiempo en el fuego. Mandó que los sacasen al instante, y que se los trajesen delante. Luego que se los trajeron, comenzó á mirarlos por todas partes, incrédulo todavía de lo que le habían contado; pero así que sus ojos examinaron á toda su satisfacción á los Santos, vio claramente que el fuego no los había dañado ni en un cabello de la cabeza, y, mirándose á sí mismo, bajó los ojos en señal de admirado y confuso.

Ofuscada la razón del tirano, miró como prestigios lo que eran verdaderos milagros de la Omnipotencia; y asi, lleno de este brutal entusiasmo, dijo á los mártires: *¡Oh desventurados y miserables! ¿En dónde habéis aprendido con tanta perfección el arte de hechiceros, que hayáis podido hacer que él fuego no os haga daño?* Entonces la Santa, llena de aquella vivacidad de espíritu y fortaleza que había causado en ella el milagro del Señor, y

enfurecida en cierto modo contra la protervia del inicuo juez, respondió así: *¿No te hemos dicho ya, espíritu inmundo, carnicero y despreciable gusano, que Jesucristo es nuestro Padre, nuestro Señor y nuestro Salvador, el cual nos da fuerza para vencer á los que no le conocen, y para despreciar vuestras abominaciones, con las cuáles engañados adoráis á los falsos dioses?* Entonces el presidente, airado con esta respuesta, mandó á sus ministros que llevasen á los dos Santos á la ribera del río, y, atándoles al cuello unas grandes y pesadas piedras, los echasen en él para que muriesen ahogados. Ejecutóse así, y, atadas unas enormes piedras al cuello, fueron echados al río. Pero los ángeles del Señor, que en la cárcel les habían librado del hambre y las tinieblas, y en la hoguera habían hecho que la voracidad del fuego no hiciese en ellos el menor daño, sostuvieron ahora también á los santos mártires, para que, sin embargo del peso que les habían atado á los cuellos, nadasen sobre las aguas. Era un espectáculo asombroso ver á los Santos andar sobre las aguas del río, como si éstas fueran consistentes, y que con los semblantes llenos de alegría, fijos sus ojos en el Cielo, en voz clara y perceptible oraban á Dios incesantemente, los cuales, perseverando sobre las aguas sin que pudiesen retraerse de las orillas del río los innumerables testigos de aquella maravilla, á eso de media noche oyeron una voz del Cielo dirigida á los mártires, que decía: *El Señor ha oído vuestra oración, joh fidelísimos siervos suyos!, y os ha concedido cuanto le pedisteis.*

Al tiempo que sucedían estas cosas vino una nube resplandeciente del Cielo que se puso sobre sus cabezas, é inmediatamente advirtieron los santos mártires que venía Jesucristo con grande aparato de gloria; y delante de El una multitud innumerable de ángeles que le ofrecían suavísimos aromas, y en dulcísimos himnos le entonaban alabanzas. Alegráronse los Santos con tan

magnífica visión, y mirando al Salvador, inundados sus corazones de alegría, dijeron: *Hijo de Dios vivo, Jesucristo invisible, inmaculado, que bajaste hoy de lo alto de los Cielos, acompañado de tanta gloria de ángeles sobre estas aguas del río, y nos diste el vestido de tu inmortalidad y de renovación; á Ti te bendecimos, á Ti te alabamos, á Ti damos gloria, que con el Padre y con el Espíritu Santo posees un mismo reino de majestad, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, amén.* Finalizada esta oración, salieron por sí mismos del río y se tornaron á la cárcel, en donde fueron introducidos por los santos ángeles que les acompañaban. Llegó á oídos del presidente cuanto había sucedido, y cómo los Santos, de su propia voluntad, se habían vuelto al calabozo; y mandó inmediatamente que los trajesen delante de sí. Luego dio orden á los verdugos que trajesen allí dos ruedas, y que, atando á los Santos á ellas, les pusiesen fuego debajo y les echasen aceite para que la llama fuese mayor, y los Santos fuesen más prontamente consumidos. Hízose así, y, dando vueltas á las ruedas, iban despedazándose y quemándose poco á poco los cuerpos de los santos mártires, quienes, mirando al Cielo, dijeron: *Bendecimos te, Dios nuestro, que estás en los Cielos; y á Ti, Señor Jesucristo, te damos gracias. No nos desampares en esta lucha, sino, antes bien, alarga tu mano y, tocando este fuego que nos quema, apágale para que el impío Dión no se gloríe con nuestra ruina.* Apenas los Santos habían dicho esto, cuando saltó el fuego de la hoguera con tal violencia, que mató mil quinientos y cuarenta idólatras de los que estaban asistiendo al suplicio y divirtiéndose con los tormentos que los Santos padecían. Al mismo tiempo estaban éstos tan descansados sobre las ruedas como si estuvieran sobre unos lechos deliciosos, porque los santos ángeles no cesaban de darles su asistencia. Tan grandes maravillas no pudieron menos de hacer alguna mella en el inicuo tirano, y así mandó que los quitasen de las

ruedas y los trajesen á su presencia. Cuando los tuvo delante, les dijo así: *Básteos ya ioh infelices! de porfía, pues ya habéis manifestado bastante todas vuestras artes mágicas. Venid, pues, aunque tarde, y, acercándoos á las aras, ofreced sacrificio á los dioses invictísimos que os sufren.* Al oir esto Acisclo, dijo: *Insensato y sin entendimiento ni temor de Dios, ¿no ves con esos tus ojos ciegos las grandezas de Dios, que hizo el Padre Celestial, juntamente con su Unigénito y coeterno Hijo Jesucristo Señor nuestro, el cual libra á todos sus siervos de vuestras maños inicuas?* Entonces Dión, lleno de ira, mandó que separasen á Acisclo de Victoria, y que á ésta la cortasen los pechos. Ejecutóse el bárbaro decreto, y al tiempo que los verdugos hacían la cruel operación dijo Santa Victoria: *Dión, de corazón de piedra ¿indigno de participar para siempre jamas de las virtudes de Cristo, mandaste que me cortasen los pechos; pero vuelve esos ojos y mira, para tu confusión, cómo, en lugar de brotar sangre, sale de ellos leche;* y, mirando la bienaventurada Victoria al Cielo, dijo: *Gracias te doy, Señor Jesucristo, Rey de los siglos, que te has dignado concederme el que, en obsequio de tu santo nombre, me fuesen cortados todos los impedimentos de mi cuerpo, porque sé que ya ha llegado la hora en que quieres que deje este mundo y vaya á gozar de tu inefable gloria.*

Habiendo dicho esto, mandó el pérfido Dión que volviesen á la cárcel á Acisclo y Victoria; y, habiendo sido ejecutado, vinieron todas las matronas que había en Córdoba á consolar á Victoria, admiradas de las penas que había sufrido; traíanla para este efecto muchos presentes y regalos de los bienes que poseían; y, entrando en la cárcel, la encontraron sentada meditando en las grandezas de Dios. Postráronse inmediatamente á sus pies, besándolos muchas veces. La Santa las hablaba de los divinos misterios, y las matronas llegaron á admirarse tanto de su sabiduría, de su fortaleza y virtud,

que siete de ellas se convirtieron, creyendo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Al día siguiente mandó el impiísimo Dión que se los trajesen, y, teniéndolos en su presencia, dijo á la Santa: *Victoria, ya ha llegado tu tiempo; acércate y conviértete á los dioses; y, si así no lo hicieres, te arrancaré el alma.* La venerable Victoria le respondió: *Impío Dión, de hoy ya más no tendrás descanso ni en este siglo ni en el futuro, si no te arrepientes de tu injusticia e idolatría.* Oyendo esto el presidente, y no pudiendo sufrir la injuria, mandó que la cortasen la lengua. Pero la bienaventurada Victoria levantó sus manos al cielo, y dijo: *Dios y Señor mío, Criador de toda bondad, que no desamparaste á tu sierva, mírame ahora desde tu santo Trono, y manda que yo acabe la vida en este sitio, porque ya es hora de que descanse en Ti.* Apenas acabó de hacer esta oración, cuando se oyó una voz del Cielo que decía: *Inmaculados y limpios que tanto trabajasteis, venid, que ya están los Cielos abiertos para vosotros, y en ellos tenéis un reino reservado. Todos me glorifican y bendicen por causa vuestra, porque desde el principio sufristeis mucho por Mí, y todos los justos se regocijan con la noticia de vuestra batalla y de vuestra victoria.* Y de allí á poco se oyó otra voz que les decía: *Venid á Mí, santos míos, y recibiréis las eternas coronas y el premio de vuestra pelea.* Oyó Dión esta voz del Cielo y mandó que cortasen la lengua á Santa Victoria; porque, mientras habían durado aquellas hablas celestiales, no habían ejecutado los verdugos el primer decreto. Cortáronla la lengua, y, recibiendo en la boca Santa Victoria el pedazo que la habían cortado, se lo escupió al juez en la cara, y, dándole en un ojo, le dejó ciego. Entonces la Santa exclamó en voz alta, diciendo: *¡Oh Dión, deshonesto y puesto por Dios en tinieblas, deseaste comer el órgano de mi cuerpo y cortar mi lengua que bendecía al Señor! Justamente perdiste la vista; pues, viniendo sobre tu rostro la palabra del Señor, te dejó ciego y privado de*

toda luz. **Este hecho acabó de consumar la ira de Dión, el cual, rabioso y enfurecido, ya por la ceguera que padecía, y ya por las injurias con que le afrentaba, mandó que la asaeteasen. Llevaron á Santa Victoria al lugar del suplicio, y habiéndola tirado dos saetas, que quedaron clavadas en su bendito cuerpo, á la tercera, que la dio en el costado, perdió la vida, consiguiendo al mismo tiempo un ilustre martirio. A San Acisclo mandó que lo llevasen al anfiteatro y que allí le degollasen.**

Fue este glorioso triunfo tal día como hoy, el año no se sabe. Quedaron sus sagrados cadáveres en los sitios donde padecieron: Victoria en lo alto de la ciudad, Acisclo á la orilla del río. Llegada la noche, una piadosa mujer, llamada Minciana ó Miniciana, fue desde su casa hasta los Marmolejos y plaza de San Salvador y, recogiendo el cuerpo de Santa Victoria, bajó á la orilla del río y le dio sepultura junto con el de San Acisclo. Venida la paz á la Iglesia se edificó allí un templo con la invocación de los santos mártires. Erigióse un altar en el lugar de su sepulcro, según la costumbre de aquellos tiempos. Fue este templo muy frecuentado y venerado de los godos, y también en la dominación de los árabes, de lo cual quedan hartas memorias en San Eulogio y otros escritores de aquel tiempo. Allí fueron sepultados San Perfecto y San Sisenando, y depositadas las cabezas de las Santas Flora y María y San Argimiro, y quemados los Santos Fausto, Jenaro y Marcial. Cuando los sarracenos eran señores de Córdoba, Adulfo, conde ó juez de los cristianos que había en aquella ciudad, hizo una copiosa donación de libros sagrados á la iglesia de estos santos mártires, lo cual celebró con dos epigramas Cipriano, el arcipreste de Córdoba. Se ha hecho una gran división de las reliquias de San Acisclo. San Eulogio envió una canilla á Wilesindo, obispo de Pamplona. Ambrosio de Morales dice que en el monasterio de Benedictinos de San Komán, dicho de Hormisga, entre Tordesillas y Toro, hay reliquias

del Santo desde el siglo vii. Roa dice que desde el año 668 las hay también en Medina Sidonia, en la ermita que llaman de Santiago del Camino. En el monasterio de San Salvador de Breda, en Cataluña, también de Benedictinos, hay sesenta y dos pedazos de huesos de San Acisclo y Victoria, llevados de Córdoba á principios ó á la mitad del siglo xiii, en virtud de donación hecha por el vizconde de Cabrera D. Geraldo, y confirmada por su hermano D. Ramón de Cabrera en Mayo de 1263. En tiempo de Carlo Magno, hacia los años 810, fueron llevadas á Tolosa de Francia las cabezas y otras insignes reliquias de nuestros mártires, y colocadas en la que después fue iglesia catedral de San Saturnino. Las que quedaron en Córdoba fueron trasladadas á la iglesia de San Pedro en el año de 1125. La antigua iglesia de San Acisclo y Victoria fue dada después de la conquista á los monjes Bernardos: en el año 1530 pasó á los religiosos de la Orden de Santo Domingo.

El culto de estos Santos es antiquísimo; tienen Oficio propio en el rito gótico; en el códice Veronense hay también memoria de la fiesta de San Acisclo.

SAN GREGORIO TAUMATURGO, OBISPO DE NEOCESAREA

Fue San Gregorio de la ciudad de Neocesarea en el Ponto, y le llamaron *Taumaturgo* por la multitud y por la grandeza de sus milagros. Criáronle sus padres en la idolatría, pero el Señor le hizo la gracia de atraerle al conocimiento de la verdad. Como estaba dotado de un excelente ingenio, estudió la retórica con feliz suceso; pero como, por otra parte, era de un corazón tan recto, jamás se pudo acomodar á elogiar en sus panegíricos y declamaciones cosa alguna que no la juzgase verdaderamente digna de elogio. En Cesárea de Palestina [Colonia Prima Flavia Augusta Caesarea]

conoció á Orígenes, y se detuvo con él en compañía de su hermano Atenedoro. Conociendo Orígenes la excelencia de aquellos dos ingenios, se dedicó con el mayor cuidado á cultivarlos. Enseñóles la moral cristiana, tanto con sus palabras como con sus ejemplos. Representábales sus propias pasiones como en un espejo animado, para que, viéndolas al natural, las cobrasen mayor horror, á lo que igualmente los excitaba con el ejemplo que con la voz. De filósofos los aleccionó para profetas, y, explicándolos lo más oscuro de la religión, les hizo entender que en las cosas de Dios á sólo Dios se ha de oír y á los que Dios escoge para órganos de sus oráculos, no debiendo darse oídos á la humana sabiduría cuando se trata de la divina revelación.

Precisado Orígenes á retirarse de la ciudad de Cesárea el año de 238, por la persecución de Maximino, sucesor de Alejandro Severo, pasó Gregorio á la de Alejandría [en Egipto], adonde concurrían de todas partes los jóvenes profesores, por lo que florecían en ella los estudios de filosofía y medicina. Aunque todavía no estaba bautizado, era su vida tan ajustada y tan pura, que los demás estudiantes de su edad la consideraban como una tácita censura de la suya, ó como una muda pero viva reprensión de sus desordenadas costumbres. Movidos algunos de ellos de emulación y de maligno despique, intentaron desacreditarle; y para eso se valieron de cierta mujer pública, muy conocida en toda la ciudad, la cual, hallándose Gregorio en una gran concurrencia, se llegó á él y con imprudentísimo descaró le pidió el precio de la torpeza que había cometido con ella. No sé inmutó nuestro Gregorio, y sin perder un punto de su ordinaria gravedad dijo fríamente á un amigo suyo que diese á aquella mujer el dinero que pedía, y prosiguió con serenidad en la conversación ó en la disputa que estaba pendiente. Triunfaban ya los envidiosos libertinos del buen suceso de su calumnia.

Pero apenas tomó en la mano el dinero aquella infame mujer, cuando se apoderó de ella el espíritu maligno y, agitándola con espantosas contorsiones, la hacía prorrumpir en aullidos y en bramidos que atemorizaban á todos los presentes. Revolvía espantosamente los ojos, echaba espumarajos por la boca, arrancábase con furiosa rabia los cabellos feamente tendidos y desgreñados, y, revolcándose rabiosamente por el suelo, confesaba á gritos su pecado. Vióse precisada á implorar la compasión del mismo Gregorio, á quien tanto había ofendido; y el Santo, aunque todavía catecúmeno, invocó sobré ella el nombre del Señor, y en el mismo punto quedó libre, comenzando ya á descubrirse el don de milagros en el siervo de Dios, aun antes de recibir el bautismo.

Recibióle poco tiempo después, y la gracia del sacramento hizo desde luego en Gregorio uno de los mayores santos y de los hombres más grandes de su siglo. El alto concepto que formó del señalado beneficio que acababa de recibir de la mano liberal del Padre de las misericordias le inspiró tan vivos afectos de amor y de reconocimiento, que las expresiones con que él mismo los declara parecen voces de un hombre como fuera de sí y enajenado.

Habiendo estudiado cinco años en la escuela de Orígenes, se restituyó á su país, donde se despojó de todos sus bienes para revestirse mejor de Jesucristo, y se retiró á una soledad para entregarse totalmente al Señor en un tranquilo silencio. Duróle poco tiempo la vida de solitario, porque Fedimo, obispo de Amasea, prelado que había recibido de Dios el don de profecía y de sabiduría, entendiendo que Gregorio era un tesoro escondido en el desierto, resolvió sacarle de él para enriquecer a la Iglesia. Era nuestro Santo como una antorcha debajo del celemín en la soledad, y pensó Fedimo colocarla sobre el

candelero en el lugar más eminente, consagrándole por obispo.

Luego que fue consagrado, se recogió delante de Dios y le pidió fervorosamente la luz que había menester para predicar el Evangelio. Apareciósele San Juan y la santísima Virgen, y le dieron, según el orden de Dios, aquella instrucción qué fue tan célebre en la Iglesia, y se recitó en el quinto sínodo ecuménico y universal, cuya instrucción estaba concebida en estas voces:

No hay más que un soló Dios Padre, el cual es Padre del Verbo vivo, su sabiduría esencial, su poder y su eterna imagen. Él es el qué, siendo sumamente perfecto, engendró un Hijo tan perfecto como Él. Es el Padre del Único Hijo. No hay más que un Señor, sólo Hijo de sólo el Padre, Dios engendrado de Dios, carácter é imagen de la Divinidad; palabra eficaz, por la cuál fueron formadas todas las criaturas; verdadero Hijo del verdadero Padre; Hijo invisible del Padre invisible, incorruptible del incorruptible, inmortal del inmortal; Hijo eterno del que es desde toda la eternidad. No hay más que un sólo Espíritu Santo, que procede de Dios, y fue manifestado por el Hijo á los hombres. Es imagen perfecta del Hijo, y una imagen perfecta del que es perfecto, vida y principio de la vida de los que viven; la fuente santa, la misma santidad, y el Autor de la santificación. Por El fue manifestado Dios Padre, que es sobre todas las cosas y en todas las cosas, y Dios Hijo, que está igualmente en todas partes. Esta es la perfecta Trinidad; que no es dividida, sino Una en la gloria, en la eternidad y en la soberanía [el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un solo principio: qui ex Patre, Filioque procedit].

Con la provisión de este sagrado depósito se encaminó á Neocesarea, donde estaba bien atrincherado

el demonio. Pero el nuevo David de la ley de gracia se dispone para atacar, en nombre de Cristo y de su Madre, al Goliat de la gentilidad: atácale, arróllale y destruyele. Entró San Gregorio en la ciudad, pero ya se había anticipado á ella la fama de sus prodigios: pasó por medio de una inmensa multitud de idólatras sin mirar ni á uno solo, como si pasara por el más silencioso desierto. Admirólos más aquélla modestia que les había admirado la fama de sus milagros. Convirtió desde luego á muchos, y, creciendo cada día el número y el fervor de los fieles, determinó fabricar una iglesia que fuese capaz de contenerlos á todos. Escogió para esto el mejor y más elevado sitio de la ciudad; pero encontró el estorbo de un gran monte, que ocupaba parte del plan que había trazado. Lleno de fe y de confianza se puso en oración, y, terminada ésta por un prodigio inaudito, se retiró aquel monte, dejando libre el espacio que era necesario para el grande y sagrado edificio. Tenía abierto el corazón para todos, y todos recurrían á él en sus necesidades. Sea una de las pruebas éste maravilloso suceso. Había en aquella provincia un río que, especialmente en el invierno, salía tan furiosamente de madre, que inundaba todo el país, causando grandes estragos. Acudieron al santo obispo los habitadores de aquel paraje, y le suplicaron que se compadeciese dé ellos. Fue el Santo en su compañía, llevando en la maño un bastón para su descanso, y por el camino los fue hablando sobre el importante negocio de la salvación. Llegando todos al sitio donde se rompía el dique, les dijo Gregorio que sólo al poder de Dios pertenecía señalar á las aguas los límites que no podían traspasar, y que, siendo sólo Dios el que podía dar las leyes á la naturaleza, de sólo Él debían esperar el milagro de ver detenidas y suspensas las aguas de aquel río. No les dijo más: invocó el nombre de Dios Todopoderoso; fijó el báculo en la tierra (prodigio maravilloso); el báculo seco echó raíces y se hizo un árbol corpulento, contra el cual venían á estrellarse las olas de

aquel río cuando estaba más hinchado y más enfurecido, ni más ni menos como se estrellan cada día las encrespadas ondas del mar contra un blando banco de arena. No es nuestro ánimo referir aquí todos sus estupendos milagros; basta decir que su vida fue un milagro continuado. Sostuvo su rebaño con la virtud de su oración durante la persecución de Decio, y hacia el fin de su vida se halló en el Concilio de Antioquía, donde fue condenado Paulo de Samosata, que negaba la divinidad de Jesucristo. Conociendo que se acercaba el fin de sus días, visitó todo su obispado, y trabajó con tanta felicidad que nunca estuvo en él más floreciente la religión. Estando para morir quiso saber cuántos gentiles había en la ciudad y en sus contornos; dijéronle que sólo diez y siete, y, elevando los ojos al Cielo, dio gracias á Dios, diciendo que dejaba á su sucesor tantos infieles como cristianos había encontrado él en la ciudad cuando tomó posesión del obispado. Murió santamente, después de hacer oración por ellos, y previno que no le comprasen sepultura, porque deseaba ser tan pobre después de muerto como había sido cuando vivía. Murió el 17 de Noviembre el año de 270, cerca de los setenta de su edad, y fue enterrado su cuerpo en la iglesia que él mismo había fabricado, la cual se intituló después de su nombre.

La Misa es en honor de San Gregorio, y la oración la siguiente:

Suplicárnoste ¡ oh Dios Todopoderoso!, que en la venerable solemnidad de tu bienaventurado pontífice y confesor San Gregorio aumentes en nosotros el espíritu de fervor y el deseo de nuestra salvación. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

REFLEXIONES

No se halló otro que observase como él la ley del Altísimo. **¿Hallaráse el día de hoy gran número de fieles que observen esta santa ley? Y ¿se respeta siquiera como una ley que obliga igualmente á todos los fieles? No salgamos de nuestros templos: representémonos los divinos misterios que todos los días se celebran en nuestros altares; este nuevo Calvario en que realmente se sacrifica muchas veces al día el mismo Jesucristo á su Eterno Padre, como víctima incruenta, por la salvación de los hombres; este santuario respetable á los mismos ángeles; este sacrificio del adorable cuerpo y sangre del Hombre-Dios, durante el cual las celestiales inteligencias están postradas, y como embargadas de asombro á vista de aquella maravilla, y discurramos cuánta es nuestra fe por el modo con que la tratamos. Aquellos cristianos imperfectos, á quienes una Misa celebrada con alguna gravedad se les hace pesada, molesta y enfadosa; aquellos que por delicadeza ó por devoción se dispensan de asistir al divino sacrificio: aquellas mujeres profanas que asisten á él con todo el orgullo y con todo el desahogo de la provocación; todos éstos ¿conocen bien aquello mismo que hacen profesión de creer? Pero ¿acaso creen bien aquello que miran con tanta indiferencia, y que tratan con tanto menosprecio? Es la Misa una viva y real representación de aquel primitivo sacrificio; es realmente la misma víctima, el mismo sacerdote y la misma oblación; pues ¿será menos impía, menos sacrílega nuestra inmodestia? ¡Buen Dios, cuántos y cuántos asisten hoy á los sacrificios divinos, al santo sacrificio de la Misa, con menos circunspección, con menos compostura que á los espectáculos profanos! Es bien seguro que muchas veces se está en el templo con menos seriedad, con menos decencia y con menos modo que en una visita de cumplimiento y de atención. Ya no se contentan muchos con irreverencias mudas y secretas;**

han de ser públicas, desahogadas y ruidosas, pudiéndose decir que se hace ostentación y gala de la indevoción. ¡Y nos admiraremos ahora de que Dios nos haga sentir tanto tiempo ha los pesados azotes de su justísima cólera!

El Evangelio es del cap. 11 de San Marcos.

En aquel tiempo, respondiendo Jesús á sus discípulos, les dijo: Tened fe en Dios, De verdad os digo, que cualquiera que diga á este monte: quítate de ahí, y échate en el mar, y no dudase en su corazón, sino que crea que cualquiera cosa que diga será hecha, lo será. Por tanto, os digo que todo cuanto pedís cuando oráis, creed que lo recibiréis, y que os será concedido.

MEDITACIÓN

De la falta de fe en la mayor parte de los que se llaman cristianos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no toda infidelidad es del entendimiento; también la voluntad tiene la suya. La razón por que no se cree es porque no se quiere creer. Es verdad que es necesario creer en Dios para amarle, pero no es menos verdad que es menester amarle mucho para creer bien en El. La caridad todo lo cree. No es la razón la que causa en los hombres la incredulidad, pues nunca hubo hombre de razón y de buen juicio que dudase de las verdades de la religión, como no tuviese estragadas las costumbres. Por lo regular ningún hereje se convierte de buena fe, si no quita los estorbos á la gracia por medio de una vida inocente y ajustada, ni se ha visto jamás algún apóstata católico, que no fuese anteriormente de vida poco cristiana. Nunca abandonaron á la Iglesia sino aquellos hijos que la deshonraban y que ella misma separaría de su cuerpo místico como miembros encancerados. La corrupción del

corazón va disponiendo á titubear en la fe, y, desde que se empieza á vivir mal, comienza a disiparse respecto de la religión. La fe es virtud del entendimiento, pero la falta de fe es vicio de la voluntad. No hay pasión violenta que no sea enemiga de la fe. Si queremos saber hasta donde llega ésta, consultemos nuestra vida y nuestro porte; por las máximas que seguimos y por las obras que ejecutamos, conoceremos la grandeza y la valentía de nuestra fe

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es ocioso ilustrar al entendímiento, mientras esté preocupado el corazón. Buena aunque muy, triste prueba de esta verdad fueron los judíos. Las profecías, que vieron cumplidas en Jesucristo, eran poderosos motivos para que creyesen en Él; pero ni ellos se las quisieron aplicar, ni dar oídos á los que se las aplicaban. Siendo de suyo las parábolas unas explicaciones palpables, que exponen como de bulto los misterios más elevados, eran para ellos unos velos impenetrables, que les ocultaban la vista de aquellos mismos misterios. Estaban viendo sus milagros; confesaban francamente que los hacía. Pero ¿qué infirieron de ahí? ¿Que era preciso seguirle, creerle y adorarle nada menos? Lo que infirieron fue que era necesario quitarle cuanto antes la vida. ¡ Oh, y cuánta verdad es que una pasión en un alma, apoderada ya de la relajación y de la tibieza, excita en ella grandes alteraciones! Es como el fuego que prende en madera húmeda, levantando un humo denso que obscurece la razón y no la deja percibir los objetos sobrenaturales.

Si yo tuviera fe (se suele decir), presto dejaría estos embelesos, esta profanidad, estos pasatiempos, y presto me convertiría; pero yo digo que presto tendrías fe si dejaras esos pasatiempos, esa profanidad y esos entretenimientos [sobre todo a los siete vicios capitales]. Nuestra poca fe siempre es funesto efecto de nuestras

corrompidas costumbres. Aquel sacerdote no siente devoción en el altar; pero ¿tiene mucha fe de él? Si, por desgracia, trae una vida tibia y desarreglada en su casa, ¿quiere experimentar en el altar una fe viva y fervorosa? Séalo, Señor, mi vida; sea inocente, sea pura con vuestra divina gracia, y espero que mi fe crecerá cada día más y más.

JACULATORIAS

Dios mío, creo en Vos; fortaleced mi fe.—*Mar.,* cap. 9.

Señor, aumentadnos la fe.—*Luc,* cap. 17.

PROPÓSITOS

1. Es poca la fe porque es mala la vida. Nada debilita tanto la fe como las enfermedades del corazón. Las almas inocentes, las almas puras, pueden ser tentadas en la fe; pero las tentaciones, por lo común, sólo sirven para avivarla más, como no sea en el extremo de la relajación. Si padecieres estas importunas pruebas, renueva tu fidelidad y tu fervor en el servicio de Dios. Presto verás disipabas estas nubes y sosegadas todas estas tempestades. Ninguna cosa contribuye tanto á la serenidad del alma como aumentar el fervor.

2. Siempre se ha de proponer sus acciones y su conducta como la mejor prueba de su fe. Esta, en los verdaderos cristianos, nunca es puramente especulativa. Es costumbre saludable pensar en todos los ejercicios espirituales, en la Misa, en el Oficio divino, en la. oración y en todas las buenas obras que en ellas vamos á dar á Dios y al público pruebas legítimas de nuestra fe. Si estás en la iglesia, considera que vas á dar testimonio de tu fe; si es preciso perdonar una injuria, hacer una limosna; si te sucede alguna aflicción, algún contratiempo, recurre á

la fe y dite á ti mismo: quiero parecer cristiano en esta ocasión; pero ten cuidado de pedir frecuentemente á Dios que aumente tu fe. Sí, Señor, yo creo, yo creo, pero fortifica mi fe cada día más y más. Ésta oración ó jaculatoria debe ser familiar á todos los cristianos.